

Experiencias y retos con la evaluación educativa: cómo mejorar el aprovechamiento escolar

Rosa Érika García Hinojos

Clase en el grupo de 2o. B de la Escuela Secundaria Federal No. 15 de la ciudad de Chihuahua con la profesora Rosa Érika García Hinojos.



Fuente: Foto cortesía de Jorge Armando Fierro Rodríguez.

Rosa Érika García Hinojos cursó la licenciatura en Educación Secundaria en la Escuela Normal Superior José E. Medrano R. de la ciudad de Chihuahua, México, y actualmente realiza estudios de posgrado en la misma institución. Inició su carrera laboral en la Escuela ES-86 ubicada en la comunidad de Turuachi, municipio de Guadalupe y Calvo. Posteriormente trabajó en la ES-84 Benito Juárez y en la ES-62 Adolfo López Mateos, ambas ubicadas en La Junta, Guerrero. Cuenta con 14 años de antigüedad en el servicio educativo y se desempeña como docente de inglés en la Escuela Secundaria Federal No. 15 y en la No. 11 Chihuahuenses Ilustres de la ciudad de Chihuahua. Correo electrónico: erymichael23@hotmail.com.

Resumen

La evaluación actualmente se ha concebido como la parte medular del trabajo docente y como la vía para incrementar los niveles de aprovechamiento escolar. Si se lleva a cabo mediante procesos adecuados permite impulsar las capacidades y habilidades de los alumnos. En este texto se aborda una experiencia personal relacionada con la evaluación tradicionalista, caracterizada por la subjetividad en la valoración de las acciones de docentes y alumnos, además de la escasa reflexión de la práctica como vía para mejorar el desempeño de las partes involucradas en el proceso educativo. De igual forma se aborda la relación de la evaluación con el aprovechamiento de los alumnos.

Palabras clave: EVALUACIÓN, APROVECHAMIENTO ESCOLAR, EVALUACIÓN TRADICIONALISTA, INSTRUMENTOS DE EVALUACIÓN, HERRAMIENTAS DE EVALUACIÓN.

Introducción

Hablar de evaluación provoca la movilización de pensamientos relacionados con la asignación de números. Ciertamente, el proceso se ha concebido como el resultado final expresado en una boleta de calificaciones, que indica si un alumno acredita o no un periodo de instrucción académica.

Hasta hace poco tiempo, la evaluación era considerada como un mecanismo de control y autoridad del maestro, con el cual controlaba la disciplina y fomentaban la responsabilidad de los estudiantes, dejándoles en claro que de no cumplir con tal o cual tarea o actividad aseguraba una condena que se vería reflejada en su calificación.

En la actualidad, aún se pueden identificar docentes que hacen uso de prácticas evaluativas represivas que evidencian la falta de criterio con que se valoran las aptitudes y actitudes de los alumnos. Lo anterior es resultado del desinterés por la formación continua que ayuda a comprender las ventajas de la evaluación formativa.

Los procesos de evaluación en los que se utilizan distintos instrumentos –y que se llevan a cabo en cada sesión– permiten analizar el desempeño continuo de los alumnos, al tiempo que ayudan al docente a reflexionar sobre su práctica, permitiéndole incorporar nuevas y mejores estrategias en el aula.

La docencia a partir de una experiencia de evaluación

En el transcurso de mi vida académica he tenido la oportunidad de cursar distintos niveles de escolarización que me permitieron aprender lo que hasta hoy sé. Todos y cada uno de mis maestros tuvieron algo especial, aun y cuando a mi corta edad no pudiera determinar cuál era la forma más adecuada para adquirir el conocimiento significativo. En realidad, todo lo nuevo era por demás interesante, entendiéndolo que:

Sin importar de qué tipo de alumno se trate, o en qué condiciones se dé el aprendizaje, siempre que un alumno encuentra la forma de aprender algo o de solucionar un problema, esto inevitablemente lo va a llevar a desarrollar una sensación de que ya es “capaz” de hacer algo (García, 2013, p. 115).

En mis antecedentes trato de encontrar los aspectos que determinaron la elección de uno de los papeles principales en mi vida: ser docente. Son muchas las razones, pero seguramente mi destino fue determinado en el momento que nací en una familia que en su mayoría estuvo y está dedicada a la docencia.

Interesante y nostálgico es recordar experiencias educativas que me ayudaron a comprender lo que los docentes se proponían en ese momento para favorecer la enseñanza, pero me dejan una gran incertidumbre en las formas y modos de evaluar, ya que una evaluación efectiva se concibe como un medio para conocer los avances del alumnado y no solo como la asignación de un puntaje numérico para cubrir un requisito administrativo.

Desde esta retrospectiva vienen a mi mente recuerdos de mis estudios en educación secundaria, específicamente una clase. ¿Cuál es el nombre de la asignatura? No lo sé, alguna de todas las que formaban parte del currículo en ese momento y que como hoy son obligatoriamente requeridas para obtener un certificado. Actualmente, el Acuerdo 696 determina que “se tendrán por acreditadas las asignaturas de educación primaria y educación secundaria establecidas en el Plan de Estudios de Educación Básica, cuando se obtenga un promedio final mínimo de 6.0” (SEP, 2013, p. 10).

Pues bien, un día en el cual se llevaban a cabo las evaluaciones correspondientes al bimestre me fue solicitada una actividad de tarea y por alguna razón no la realicé. El turno para revisar llegó, la verdad salió a la luz y debí enfrentar las consecuencias: reprobación automática por falta de tarea. En ese momento –y hasta ahora– me pareció una decisión injusta del maestro.

Aquel día sentí que el cielo caía sobre mí, que el suelo se abría... Pensaba en las oportunidades que tuve para realizar la tarea, pero que de manera irres-

ponsable las había desechado. Pasaron por mi mente todo tipo de sentimientos: coraje, tristeza, desesperación, temor y confusión. A mi corta edad sabía y tenía claro que había cometido un error por mi falta de responsabilidad, pero no entendía cómo siendo la primera y única vez que no cumplía con alguna tarea (puedo asegurarlo) había sido suficiente motivo para ignorar todo mi esfuerzo y todas las actividades realizadas previamente.

Ahora entiendo que la evaluación tradicional coarta todo tipo de desarrollo cognitivo, actitudinal y valoral de los alumnos, determinando muy subjetivamente sus capacidades y condiciones de logro y no contempla perspectivas de posible mejora, tal y como lo menciona Esquivel (2009, p. 129):

El maestro ha considerado la evaluación como un elemento importante de su quehacer de aula, pero la ha aplicado al final de una unidad o curso para comprobar mediante ella si los alumnos han logrado los aprendizajes esperados. Esa concepción disocia la evaluación de la enseñanza y del aprendizaje y la convierte en un ejercicio que influye muy poco en la modificación de su práctica de la enseñanza y en el mejoramiento de los aprendizajes de los estudiantes.

Pues bien, sea como sea, desde el día en que la vida me dio la oportunidad de ser docente me he enfrentado a vivencias significativas para mi formación personal y profesional que me ayudan a corroborar que la evaluación es más que un número para la acreditación. Debo otorgarle una función pedagógica, realizar un proceso formativo e incorporar diversos instrumentos para su aplicación.

La evaluación formativa como sinónimo de mejoramiento académico

Al desempeñarme como maestra de grupo viene a mi mente la experiencia de aquel día en que el trabajo continuo quedó en el olvido y que todo se resumió a la valoración de una tarea. De ahí la importancia de establecer criterios específicos y claros que permitan entender los propósitos, así como de implementar instrumentos adecuados para evaluar de manera objetiva y oportuna cada una de las actividades.

El maestro debe demostrar congruencia entre las actividades planteadas –de acuerdo con lo que marcan el *Plan y programas de estudio*– y el esfuerzo que realizan los alumnos, independientemente del grado de dominio, eficacia o eficiencia que alcancen en la tarea, ya que esto será el indicador para retroalimentar y mejorar los procesos de desarrollo individual.

Es preciso decir que la evaluación no debe ser aplicada solamente al final del proceso de enseñanza-aprendizaje, y mucho menos con actividades aisladas

o únicas. Se debe entender que una evaluación consistente se realiza en cada una de las sesiones de trabajo y que considere todas las actividades que los alumnos realizan. Por otra parte, la SEP (2012, p. 34) señala: “Para que la evaluación tenga un sentido formativo es necesario evaluar usando distintas técnicas e instrumentos para la recolección de información; además de aplicar criterios explícitos que permitan obtener información sistemática”.

La evaluación formativa es considerada como un método efectivo para mejorar el rendimiento del alumno, pero muchos docentes la rechazan debido a la complejidad que conlleva la aplicación constante de distintos instrumentos. En la mayoría de los casos el proceso se realiza de manera unilateral (docente) y deja de lado las actividades diarias, el esfuerzo y la dedicación de los estudiantes. Ello me recuerda el sentimiento de frustración, la apatía y desmotivación que puede provocar la deserción de los alumnos y que afortunadamente en mi caso no ocurrió.

Para que la evaluación sea efectiva, la SEP (2011, p. 24) menciona que en el enfoque formativo:

Se sugiere obtener evidencias y brindar retroalimentación a los alumnos a lo largo de su formación, ya que la que reciban sobre su aprendizaje, les permitirá participar en el mejoramiento de su desempeño y ampliar sus posibilidades de aprender. Para que cumpla sus propósitos, requiere comprender cómo potenciar los logros y cómo enfrentar las dificultades. Por ello, el docente habrá de explicitar a los estudiantes formas en que pueden superar sus dificultades. En este sentido, una calificación o una descripción sin propuestas de mejora resultan insuficientes e inapropiadas para mejorar su desempeño.

En mi experiencia personal debo agradecer a mi maestro, ya que gracias a ello he tenido la iniciativa de mejorar mi práctica y la forma de llevar a cabo la evaluación con mis alumnos. Soy considerada –pero de ninguna manera consecuente– para motivar a los alumnos en las actividades que realizan. Busco que las vean como retos personales que les permitirán crecer como personas y lograr un mejor aprovechamiento, tal y como se afirma en SEP (2011, p. 23):

La evaluación de los aprendizajes es el proceso que permite obtener evidencias, elaborar juicios y brindar retroalimentación sobre los logros de aprendizaje de los alumnos a lo largo de su formación; por tanto, es parte constitutiva de la enseñanza y del aprendizaje.

Está claro que los planteamientos actuales sobre evaluación son novedosos y han adquirido mayor importancia durante la última década. Durante este

tiempo nuestro sistema educativo se ha esforzado para difundir las diversas estrategias para la evaluación auténtica centradas en el desempeño. Díaz Barriga (2005, p. 2) menciona:

Mostrar un desempeño significativo en el mundo real, en situaciones y escenarios que permitan capturar la riqueza de lo que los alumnos han logrado comprender, solucionar o intervenir en relación con asuntos de verdadera pertinencia y trascendencia tanto personal como social.

Para lograr lo anterior podemos disponer de distintos instrumentos: el portafolio, las pautas de observación y/o autoevaluación, las pruebas situacionales, los registros observacionales y anecdóticos, los diarios de clase, las rúbricas o matrices de valoración, entre otros, que permiten explorar el aprendizaje de distintos tipos de contenidos (conceptual, procedimental, actitudinal). Igualmente ayudan al maestro en su retroalimentación profesional.

El docente ético en el proceso de evaluación

El docente no debe quedarse en una zona de confort que impida mejorar su trabajo cotidiano. Es necesario que comprenda que todas las actividades que los alumnos realicen deben ser valoradas eficientemente para que impacten en su formación. Debemos recordar que nuestra labor no se realiza con materia inerte, sino con seres humanos que asisten a la escuela para aprender y construir sus sueños. Ellos establecen metas y objetivos personales con los que fijan su futuro, y si el maestro no valora su trabajo puede influir para que pierdan la confianza en sí mismos.

Es importante que el docente no desista en su empeño por mejorar cada día, llevando a cabo la autorreflexión, como lo afirma SEP (2006, p. 24):

Se requiere que los docentes autoevalúen su desempeño. Asumiendo que dos de sus tareas centrales consisten en plantear problemas y favorecer el intercambio de opiniones entre alumnos, es esencial que los maestros analicen sus intervenciones con el fin de lograr cada vez mayor claridad al dar instrucciones, hacer preguntas que ayuden a profundizar en las reflexiones, argumentar a favor o en contra de los resultados que se obtienen o explicar los procedimientos utilizados en la resolución de las tareas o los problemas planteados.

Lo anterior es posible mediante la adquisición de nuevas estrategias, de nuevos instrumentos y, sobre todo, de la continua profesionalización que permita experimentar con nuevas formas de evaluar a sus alumnos.

Conclusión

Ser docente fue, es y seguirá siendo una de las profesiones más nobles, por lo cual es fundamental que desempeñemos nuestro papel de manera ética y profesional. Una manera de demostrar ese profesionalismo es a través de la implementación de un proceso evaluativo efectivo.

En la evaluación existen grandes oportunidades para mejorar el desempeño docente y el aprovechamiento del alumno. El maestro deberá asumir su responsabilidad para realizar el proceso de valoración de conocimientos, habilidades, actitudes y valores mediante la incorporación de distintos instrumentos y herramientas.

En la medida en que se respete el derecho del alumno a ser evaluado sistemáticamente y de tener una retroalimentación oportuna de su desempeño, se responsabilizará por mejorar debido a que conocerá su nivel de logro, sus errores y el camino que debe seguir para incrementar su aprovechamiento escolar a corto, mediano y largo plazo.

Referencias

- DÍAZ BARRIGA, F. (2005). *Enseñanza situada: vínculo entre la escuela y la vida*. México: McGraw-Hill.
- ESQUIVEL, J.M. (2009). *Evaluación de los aprendizajes en el aula: una concepción renovada*. Recuperado de http://www.uned.ac.cr/ece/images/catedras/estudios_sociales_y_evaluacion/evaluacion_aprendizajes_aula.ppt
- GARCÍA GONZÁLEZ, E. (2013). *Pedagogía constructivista y competencias: lo que los maestros necesitan saber*. México: Trillas.
- SEP. (2006). *Acuerdo 384 por el que se establece el nuevo plan y programas de estudio para educación secundaria*. México: Secretaría de Educación Pública.
- SEP. (2011). *Acuerdo 592 por el que se establece la articulación de la educación básica*. México: Secretaría de Educación Pública.
- SEP. (2012). *Herramientas para la evaluación básica: las estrategias y los instrumentos de evaluación desde el enfoque formativo*. México: Secretaría de Educación Pública.
- SEP. (2013). *Acuerdo 696 por el que se establecen normas generales para la evaluación, acreditación, promoción y certificación en la educación básica*. México: Secretaría de Educación Pública.